

gusto, que con esta carga nacemos las mugeres de estar obedientes á sus maridos, aunque sean unos porros: y en esto comenzó á llorar tan de veras, como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. —Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á Don Quijote, para dar orden en su partida.



CAPÍTULO VI.

De lo que le pasó á Don Quijote con su sobrina y con su ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.

EN tanto que Sancho Panza y su muger Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de Don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron, le dijo el ama:—En verdad, señor mio, que si vuesa merced no afirma el pié llano y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles, como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito á Dios y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió Don Quijote:—Ama, lo que Dios responderá á tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Magestad tampoco, y solo sé, que si yo fuera Rey, me escusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dan, que uno de los mayores trabajos que los Reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, así no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama:—Díganos, señor, ¿en la Corte de su Magestad no hay caballeros?—Sí, respondió Don Quijote, y muchos: y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los Principes, y para ostencion de la Magestad Real.—¿Pues no seria vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pié quedo sirviesen á su Rey y señor estándose en la Corte?—Mira, amiga, respondió Don Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros

andantes, de todos ha de haber en el mundo, y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros, porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor ni frio, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de dia, á pié y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos piés: y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mesmo ser, y en todo trance y en toda ocasion los acometemos, sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafios si lleva ó no lleva mas corta la lanza ó la espada, si trae sobre sí reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafios particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí: y has de saber mas, que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes, que con las cabezas no solo tocan, sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir: y si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son mas duras, que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos, tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto mas de dos veces. Todo esto he dicho, ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros: y seria razon que no hubiese príncipe que no estimase en mas esta segunda, ó por mejor decir, primera especie de caballeros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos, que ha sido la salud, no solo de un reino, sino de muchos.—¡Ah señor mio! dijo á esta sazón la sobrina, advierta vuestra merced, que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal, en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres.—Por el Dios que me sustenta, dijo Don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi mesma hermana, que habia de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has

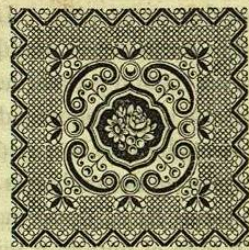
dicho, que sonara por todo el mundo. Como que ¿es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadis, si lo tal oyera? Pero á buen seguro, que él te perdonara, porque fué el mas humilde y cortes caballero de su tiempo y demas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido, que no te fuera bien dello, que no todos son corteses ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay, que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay, que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan, ó con la ambicion, ó con la virtud: estos se abajan, ó con la flojedad, ó con el vicio, y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto, para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres y tan distantes en las acciones.—¡Válame Dios! dijo la sobrina, ¿que sepa vuestra merced tanto, señor tio, que si fuese menester en una necesidad podria subir en un púlpito é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres?—Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondió Don Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linages, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas: A cuatro suertes de linages (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo y dilatando, hasta llegar á una suma grandeza: otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron: otros que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo diminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa ó asiento no es nada: otros hay, y estos son los mas, que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros que tuvieron principio

humilde y subieron á la grandeza que agora conservan, te sirva de ejemplo la casa Otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linage, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni disminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos Príncipes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos, y Bárbaros, todos estos linages y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus decendientes, y si le hallásemos, sería en bajo y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mías, que es grande la confusion que hay entre los linages, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo, que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortes, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedis que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal, como el que á campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta: y el no serlo, sería milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres á llegar á ser ricos y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, según me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo, y será en valde cansaros en persuadirme, á que no quiera yo lo que los cielos quieren,

la fortuna ordena y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anecesos al andante caballería, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella: y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso: y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajoso acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin: y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

—¡Ay desdichada de mí! dijo la sobrina, que tambien mi señor es poeta, todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula.—Yo te prometo, sobrina, respondió Don Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes. A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quien llamaba, respondió Sancho Panza que él era, y apenas le hubo conocido el ama, cuando corrió á esconderse, por no verle: tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina, salió á recibirle con los brazos abiertos su señor Don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.





CAPÍTULO VII.

De lo que pasó Don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.



A PENAS vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos, y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fué á buscar al Bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor, le podria persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y viéndole, se dejó caer ante sus piés, trasudando y congojosa. Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo:—¿Qué es esto, señora ama? ¿qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?—No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale, sálese sin duda.—¿Y por dónde se sale, señora? preguntó Sanson. ¿Hásele roto alguna parte de su cuerpo?—No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor Bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mtindo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender como les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento molido á palos: la segunda vino en un carro de bueyes metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado, y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro, que para haberle de volver algun tanto en sí, gasté mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo y mis gallinas, que no me dejarán mentir.—Eso creo yo muy bien, respondió el Bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, si reventasen. En efecto, señora ama, ¿no hay



otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quijote?—No señor, respondió ella.—Pues no tenga pena, respondió el Bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas.—¡Cuitada de mí! replicó el ama, ¿la oracion de Santa Apolonia dice vuesa merced que reze? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo ha sino de los cascós.—Yo sé lo que digo, señora ama: váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy Bachiller por Salamanca, que no hay mas que bachillear, respondió Carasco: y con esto se fué el ama, y el Bachiller fué luego á buscar al Cura á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la historia. Dijo Sancho á su amo:—Señor, ya yo tengo relucida á mi muger á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme.—Reducida has de decir, Sancho, dijo Don Quijote, que no relucida.—Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced, que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: Sancho, ó diablo, no te entiendo, y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan fócil.—No te entiendo, Sancho, dijo luego Don Quijote, pues no sé que quiere decir, soy tan fócil.—Tan fócil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así.—Menos te entiendo agora, replicó Don Quijote.—Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé como lo diga, no sé mas, y Dios sea conmigo.—Ya, ya caigo, respondió Don Quijote, en ello: tú quieres decir, que eres tan dócil, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere y pasarás por lo que te enseñare.—Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme decir otras docientas patochadas.—Podrá ser, replicó Don Quijote: y en efecto ¿qué dice Teresa?—Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja, no baraja, pues mas vale un toma, que dos te daré: y yo digo que el consejo de la muger es poco, y el que no le toma es loco.—Y yo lo digo tambien, respondió Don Quijote. Decid, Sancho amigo, pasad adelante que hablais hoy de perlas.—Es el caso, replicó Sancho, que como vuesa merced mejor sabe, todos

estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle, porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, segun es pública voz y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos.—Todo eso es verdad, dijo Don Quijote; pero no sé donde vas á parar.—Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde, ó mal, ó nunca: con lo mio me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano; poco ó mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo, no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montar la renta de la tal ínsula, y se descuente de mi salario gata por cantidad.—Sancho amigo, respondió Don Quijote, á las veces tan buena suele ser una gata como una rata.—Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que habia de decir rata, y no gata, pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido.—Y tan entendido, respondió Don Quijote, que he penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio, qué es lo que solian ganar cada mes ó cada año; pero yo he leído todas, ó las mas de sus historias, y no me acuerdo haber leído, que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero, solo sé que todos servian á merced, y que cuando menos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula, ó con otra cosa equivalente, y por lo menos quedaban con título y señoría: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustais de volver á servirme, sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo escusado: así que, Sancho mio, volveos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intencion, y si ella gustare y vos gustáredes de estar

á merced conmigo, *bene quidem*, y si no, tan amigos como de antes, que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas, y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posesion, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tambien como vos sé yo arrojar refranes como llovidos: y finalmente quiero decir, y os digo, que si no quereis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mí no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos. Cuando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creido que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo: y así estando suspenso y pensativo, entró Sanson Carrasco y el ama y la sobrina, deseosas de oír con qué razones persuadia á su señor, que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándole como la vez primera y con voz levantada, le dijo: ¡O flor de la andante caballería! ¡ó luz resplandeciente de las armas! ¡ó honor y espejo de la nacion Española! plega á Dios Todopoderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaran tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamas se les cumpla lo que mal desearen: y volviéndose al ama, le dijo:—Bien puede la señora ama no rezar mas la oracion de Santa Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas que el señor Don Quijote vuelva á ejecutar sus altos y nuevos pensamientos, y yo encargaria mucho mi conciencia, si no intimase y persuadiese á este caballero, que no tenga mas tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez que tocan, atañen, dependen y son anexas á la orden de la caballería andante. Ea, señor Don Quijote mio, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su grandeza en camino, y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda, y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. A esta sazón dijo Don Quijote, volviéndose á Sancho:—¿No te dije yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? Mira quien se ofrece á serlo, sino el inaudito Bachiller Sanson Car-

rasco, perpetuo trástulo¹ y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.—Si digno, respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: no se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha: sí que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo y especialmente mi pueblo, quien fueron los Panzas, de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por mas buenas palabras el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto en cuentas de tanto mas cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi muger, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre y la muger muger, y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare: y así no hay mas que hacer, sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolver, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita, que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes, en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el Bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza: que puesto que habia leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolver, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél habia leído, y confirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos, y dijo entre sí, que

¹ El Trástulo no solo movía á risa con agudezas, sino con vestidos ridículos y estrafalarios.

tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo. Finalmente, Don Quijote y Sancho se abrazaron, y quedaron amigos y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo Don Quijote, que la habia de llevar. Ofreciósele Sanson, porque sabia no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba mas oscura por el orin y el moño, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos, ama y sobrina, echaron al Bachiller, no tuvieron cuento: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida, como si fuera la muerte de su señor¹. El desigmo que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del Cura y del Barbero, con quien él antes lo habia comunicado. En resolución, en aquellos tres dias Don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su muger, y Don Quijote á su sobrina y á su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese, sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quijote sobre su buen Rocinante y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió Don Quijote, para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo Don Quijote: dió Sanson la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

¹ Estas endechaderas, lloraderas ó plañideras, solian alquilarse para llorar en los entierros de los difuntos; y en el testamento del Cid, se dice:

*Item: mando que no alquilen
Plañideras que me lloren.*

(Escobar. Romance 96.) Covarrubias añade en su Tesoro (V. Endechar.) Este modo de llorar los muertos se usaba en toda España, porque iban las mugeres detras del cuerpo del marido descabelladas, y las hijas tras el de sus padres mesándose, y dando tantas voces, que en la iglesia no dejaban hacer el oficio á los clérigos. En algunas provincias se conservan todavía residuos de estas lagrimosas ceremonias.